

Borges y Pessoa: las íntimas coincidencias

No se trata de aproximarlos. Borges y Pessoa están, de hecho, muy cerca uno del otro. Se trata, sí, de advertirlo. De advertir sus notables afinidades. Acaso el reconocimiento de tales consonancias en nosotros sus lectores contribuya a que accedamos a mucho de lo que de específico tiene la atmósfera espiritual del tiempo en que vivimos. Esa es al menos la esperanza en la que esta nota busca su legitimación.

En la carta que a Pessoa le dirigiera el 2 de enero de 1985, Borges le pide, cerca ya del cincuentenario de la muerte del poeta portugués, que lo deje ser su amigo. Pidamos nosotros a ambos, con no menos fervor simbólico, que nos franqueen el acceso a la honda correspondencia que enlaza sus palabras.

Oyentes ávidos e intérpretes eventuales de tanta cercanía, quizás en ella sepamos intuirnos, enriquecernos con un mejor desconocimiento de lo que somos.

Admitamos, para empezar, lo que resulta evidente. Borges y Pessoa son dos clásicos de la época. Lo medular de su maestría arraiga en el hecho de que ambos fueron forjadores y voceros de uno de los mitos del siglo: el mito antimoderno que expresa la desazón que se adueña del hombre tras el derrumbe del *Ego cogito* cartesiano y el triunfalismo inherente a los ideales ingenuos del progreso.

Construir un mito literario anticartesiano exigía estar doblemente persuadido. Por una parte, de que la racionalidad clásica ya no constituía ese eje indudable que aseguraba haber hallado en él, el notable autor de las *Meditaciones metafísicas*. Por otra parte, haber advertido hasta qué punto los afectados por ese derrumbe, cuyo estrépito se vuelve ensordecedor sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX, se empeñaban en aparentar que no habían sido alcanzados por él.

Totalidad inasequible a una conceptualización exhaustiva, la existencia, de allí en más, habría de multiplicar sin cuenta sus perfiles y sentidos sin que resultara ya posible reducirlos a un principio de inteligibilidad satisfactorio. La identidad personal, en consecuencia, desbordando los parámetros impuestos por una lógica de franca intención abarcadora, pasó a conformar la materia imposible del pensamiento lineal

o, si se prefiere, la materia racionalmente evanescente con la que el pensamiento intentará amasar su propia consistencia. En su vacilante despliegue, el acto de pensar no habría de ser entonces sino expresión de un incumplible afán de certeza; elocuente escenificación de la dificultad para seguir entendiendo la realidad como correlato manso del concepto.

Esta experiencia de tanta intensidad, signada por el desencuentro entre lo que la vida impone y lo que el espíritu anhela, supo hallar, en la literatura de Borges y Pessoa, dos de sus manifestaciones más originales y fieles al sentido de ese desencuentro.

A través del llamado *drama-em-gente* representado por los heterónimos, Pessoa logró el rumbo poéticamente adecuado para impedir que se homologara su vida supuestamente personal a los contenidos de su identidad artística. Con ello subrayó la insalvable distancia que, según él, separa y hasta enfrenta lo que un hombre admite como pensamiento propio y lo que en verdad es capaz de pensar.

Borges por su parte, ejecuta con igual resolución y acierto ese movimiento destinado a iluminar la ruptura entre identidad biográfica y personalidad artística. ¿Cómo lo hace? Mediante la exaltación de una voluntad apócrifa vertebradora de toda su práctica literaria. Borges, en efecto, se empeña con inflexible tenacidad en adjudicar a *otros* todo lo que brota de su pluma, siempre interesado en presentar como ajeno lo que es propio. Así, entre el escritor y su persona se abre un abismo cuya existencia y sentido Borges cultiva con obstinación y deleite.

Tanto en el caso del poeta portugués como en el del argentino resalta el propósito de impedir que la paternidad de lo narrado o versificado recaiga sobre ellos, es decir sobre un supuesto responsable que pudiera estar ubicado más allá del texto y cuyos rasgos serían asimilables a los del hombre llamado Borges y a los del hombre llamado Pessoa. Autor, en consecuencia, no será para ellos quien afirme extraer de sí las obras que permiten su reconocimiento, sino aquél capaz de dar origen a obras con las que logre que los demás lo desconozcan por lo menos tanto como él mismo se desconoce en ellas. Se trata, en suma, de dinamitar la arraigada ilusión de correspondencia entre creador y criatura para ensayar la tesis contraria: si no sabemos quiénes o qué somos, lo escrito no equivaldrá a la posibilidad de reconocernos sino a la de desconocernos.

Esta fuerte sed de disonancia entre el hacedor y lo hecho, tan pronunciada en Borges como en Pessoa, remite, por lo demás, a un relato prebíblico que se sitúa en las antípodas de nuestros dos escritores: el de los hijos devorados por su padre, central en la tradición mitológica griega. La feroz impugnación que de la paternidad hace Cronos, dios filicida, o el tortuoso vínculo que entablan con sus respectivos padres Epimeteo y Edipo, quieran acaso recordarnos que el horror a reconocernos en lo más cercano arraiga en propensiones tan remotas como oscuras pero muy emparentadas con la angustia que nos produce saber que sólo podemos parecernos a quienes *no son* como nosotros. Borges y Pessoa jerarquizan con pasión esa diferencia. La teoría

de los heterónimos y los postulados borgeanos de la composición apócrifa se nutren en la convicción de que es la *alteridad* y no la *mismidad* nuestro destino.

Buena parte de la hazaña verbal de Borges y Pessoa consistió en la aptitud evidenciada por ambos para reconciliar el lenguaje literario con la densidad conceptual de la filosofía. «Lo que en mí siente/ está pensando», escribió Ricardo Reis pero bien podría haberlo afirmado el lacónico habitante de «La biblioteca de Babel».

Mucho tiene que ver todo esto con la tradición humanista y con el cauce encontrado por ella en la sensibilidad de nuestros dos escritores. Esa tradición humanista se asienta en la convicción, viva ya entre los romanos, de que hay un pasado paradigmático, ejemplarmente concebido por los griegos —y que en Borges y Pessoa se extenderá a buena parte de la tradición judía—, según el cual sólo por su intermedio el presente puede ser sustancialmente comprendido, expresado y conducido a su realización. Ese pasado, digerido por la actualidad y por ella instrumentado como una brújula, confiere al hombre de cada época metáforas reveladoras de los dilemas de la existencia en todos los tiempos. La lección griega primordial, esculpida por Homero, Esquilo, Sófocles y Eurípides, decreta que no hay alianza posible entre la existencia concebida como reclamo de totalización y la realidad intuida como aquel absoluto cuya comprensión y aprehensión plenas anhela el hombre. Esta disonancia entre la sed que clama y las aguas que lo frustran evadiendo el cerco que aquél les tiende, alcanza, en Borges y Pessoa, el rango poético esencial. Si realidad y pensamiento nos han sido negados como sinónimos pueden, en cambio, ser explorados en su infinita heteronomía.

Justamente, lo que en Alberto Caeiro hay de magistral para Reis, Campos y el mismo Pessoa, es lo que tiene de inimitable y lo que, en directa derivación de lo dicho, hay de irreplicable en su «lección». De allí que quienes se autoconciben como discípulos suyos, lo hagan en verdad por *amor* a su enseñanza, es decir impulsados por el anhelo de captarla antes que persuadidos de que podrían darle, en sus vidas y en sus obras, alcance y cumplimiento. «Maestro», entonces, será Caeiro porque su trayectoria enseña que todo camino auténtico es irreproducible. El paradójico epigonismo de los restantes heterónimos y del propio Pessoa sólo puede consumarse en la medida en que todos ellos reconocen la imposibilidad de adueñarse del de Caeiro. En los hechos, como queda dicho, ninguno de ellos es capaz como lo fue Caeiro en su vida y en su obra, de restañar la herida provocada por la angustia de sostenerse «en el castillo maldito de tener que vivir», según el rotundo enunciado de Álvaro de Campos.

Esta disonancia, de tan multiplicados ecos en Fernando Pessoa, se manifiesta en Borges a través de una búsqueda. La búsqueda incesante del absoluto. Los hombres se suceden unos a otros, generación tras generación, en el despliegue de un esfuerzo incapaz, sin embargo, de arribar a la meta de su desvelo. Cada hombre, en este sentido, es todos los hombres. Las circunstancias que cada cual considera propias son, en verdad, las de todos en todos los siglos. Si alguna diferencia relevante entre Borges y Pessoa puede señalarse a este respecto, ella quizás esté dada por el hecho de que, en Pessoa, hay a priori, si así pudiera decirse, una conciencia tan aguda de la inutili-

dad de la búsqueda que paraliza toda su iniciativa. Sus poemas se nutren de esta parálisis inmovible de la que únicamente se halla liberado Alberto Caeiro, en quien ha muerto toda sed de trascendencia. En Borges, en cambio, hay persistencia en esa búsqueda, irrefrenable añoranza del sentido absoluto que impulsa a la acción y que sólo accede al reconocimiento de su inutilidad cuando sobreviene el fracaso del sujeto concreto que la lleva adelante. La índole trágica del destino humano, en Borges, se manifiesta en conformidad con el circuito trazado por Esquilo, Sófocles y Eurípides: una infinita inocencia o el desmesurado afán de poder inducen al error; el error precipita en el engaño y el engaño arrastra al sufrimiento irreparable o a la muerte.

En Fernando Pessoa, el tránsito desde las circunstancias dramáticas (aquellas compatibles con el hallazgo de una solución para el conflicto padecido) a las circunstancias trágicas (aquellas en las cuales se sabe o se acepta que el conflicto no tendrá solución en los términos en que la humana razón lo exige), este tránsito, digo, de lo dramático a lo trágico se cumple en Pessoa como una *mise-en-scène* de la impotencia heterónima y ortónima para liberarse del efecto catastrófico que sobre cada uno, excepción hecha de Caeiro, tiene la conciencia de la propia muerte y del indeclinable misterio con que la realidad pareciera empeñada en frustrar las aspiraciones totalizadoras del pensamiento.

Sin duda, el gran valor de la heteronomía como concepción creadora es el de haber infundido a la crisis de la modernidad una forma poética inédita. Y no menos original, en este sentido, ha sido la estrategia del discurso apócrifo de Borges.

La excepcional hondura de los mundos verbales que supieron construir, autoriza a reconocer que Borges y Pessoa recuperan la dimensión trágica de los orígenes de la tradición clásica, liberándola de toda sujeción a los acentos racionalistas impuestos a ella por una modernidad interesada en concebir, por un lado, la disonancia entre conciencia y verdad como cuestión circunstancial y puramente metodológica y, por otro, la finitud de la vida personal como una cuestión sin relevancia epistemológica. Podríamos, en consecuencia, afirmar que Borges y Pessoa organizan sus universos literarios a partir de dos decisiones centrales. Una lleva a la potenciación estética de la tradición religiosa y filosófica de Occidente. La otra se traduce en la reelaboración personalísima que efectúan de esa tradición como para que en ella podamos reconocer los rasgos distintivos de la época en que nos toca vivir.

La concepción moderna entendió la identidad personal como módulo de contenidos correlativos de una supuesta verdad universal de carácter transubjetivo. Borges y Pessoa, lúcidos testigos de su derrumbe, procuran revalorizar la noción del deseo como elemento preponderante entre los rasgos distintivos de la subjetividad y del vínculo con la objetividad. Así es como el hermetismo último del sentido de lo real irrumpe como la más radical de las conquistas de este pensamiento desamparado por los dogmas.

Esta condición innominable, sin negar la eficacia parcial del conocimiento predicativo, lo inscribe en un campo de eficacia primordialmente metafórica, es decir, que le confiere valor relacional, alusivo antes que autónomo u objetivo. El saber, entonces,